

En el 25° aniversario del INTA

Al cumplirse el 25° aniversario de la creación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), reproducimos todos nuestros juicios anteriores sobre la importancia, la eficacia y la continuidad de ese ejemplar organismo destinado a promover el progreso de la producción básica argentina. Obra, no de las menores, de la Revolución Libertadora, el INTA ha tenido un desenvolvimiento singular entre aquellas que se integran en la órbita del Estado. No pudieron destruirla, aunque lo intentaron, las fuerzas disociadoras extremistas que lo ocuparon desde 1973, ni la indiferencia de gobiernos anteriores. Con alternativas, las funciones de investigación y extensión que constituyen su finalidad, se cumplieron y se ampliaron, acompañando el período de mayor crecimiento tecnológico registrado en el sector agrario.

Al comenzar octubre nos hemos ocupado de ese impulso tecnológico recibido por la producción agrícola-ganadera del país, sin ocultar que junto al INTA actuaron también en el mismo sentido otras entidades, especialmente privadas, revelando en conjunto la expansión de las prácticas de avanzada en actividades tradicionalmente influidas por un empirismo en muchos casos estático.

Dijimos entonces, en síntesis, que los mayores rendimientos de los campos, en granos y carnes, computados por unidad de explotación, eran demostrativos de la mayor tecnificación, no obstante las precarias condiciones económicas generales imperantes en el país y en particular en el ámbito rural, por efecto de las deplorables políticas seguidas por sucesivos gobiernos orientados hacia la demagogia y el populismo.

En el incierto panorama político-económico de la actualidad, ese antecedente se-

ñala un peligro que debe evitarse, porque se cierne como una amenaza para el crecimiento de la tecnología agropecuaria que todavía necesita el país.

Es un peligro que se extiende también al INTA, y que surge del desconcierto en que el poder público mantiene a la economía general.

La tecnología agraria, como todas, es costosa. Demanda inversiones extraordinarias en la economía global de las empresas, y aún la intelectual, que parte del empresario mismo y de su propia capacitación o de su asesoramiento, representa costos agregados a los de la rutina productiva. Esas inversiones son imposibles si la explotación no es rentable. El estancamiento actual de la mecanización agrícola lo demuestra y sus efectos futuros serán graves, por el impacto paralizante que significarán las máquinas no renovadas.

La acción del INTA se perderá en una campaña desprovista de recursos para invertir en adelantos técnicos que la necesidad obliga a postergar. Pero, además, el mismo INTA puede ser afectado, ahora que su presupuesto está incorporado sin individualidad de recursos en el del Estado nacional, y la asignación de fondos depende discrecionalmente del gobierno. Por eso mencionamos el antecedente de administraciones pasadas.

El cuarto de siglo de vida fecunda cumplido por el INTA, ha permitido refirmar a las autoridades nacionales el apoyo que merece, conforme a la ley de su creación. Sería un funesto error despojar a ese instituto, no meramente de todos los fondos que actualmente le corresponden por sus previsiones anteriores, sino de todos los que en adelante requiera su ampliación y perfeccionamiento, siempre posibles.

12 DIC. 1981

LA PRENSA